

La Novela Cine

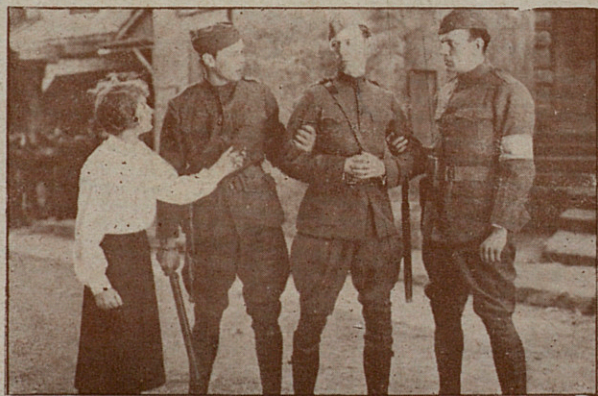
El soldado desconocido
(COMPLETA)



TREINTA CENTIMOS



—Sus palabras me proporcionan gran placer...



...aparecieron dos compañeros de Fred...

Próximamente comenzará a publicarse

La Novela Moderna

que publicará interesantes narraciones de los mejores autores.

La Novela Moderna

publicará obras de

Pedro Mata, Vicente Blasco Ibáñez, Palacio Valdés, Hoyos y Vinent, Antonio Gascón, etc., etc.

No deje de leer y coleccionar

La Novela Moderna

modelo de edición cuidada y elegante.

MIREYA

Apartado 390

Madrid

Popular Film

es la única revista cinematográfica de España que se edita por el moderno procedimiento del huecograbado y que cuenta con una colaboración literaria selectísima y con una amplia información gráfica y periodística de todo el mundo.

POPULAR FILM

tiene redactores especiales para su servicio exclusivo, en las capitales siguientes:

En MADRID: Don Luis Gómez Mesa y don Gregorio Sangar.

En PARIS: Jean Desjardins.

En NUEVA YORK: James Bribing.

En BERLIN: Hans Zilzer.

POPULAR FILM

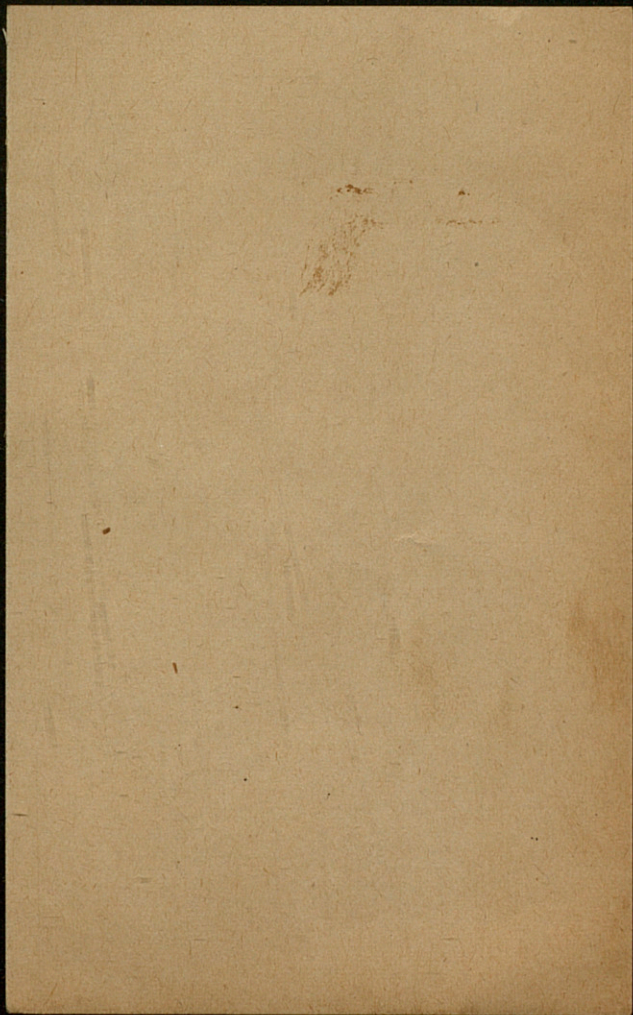
aparece todos los Jueves y se vende al precio de **20 Céntimos** ejemplar.

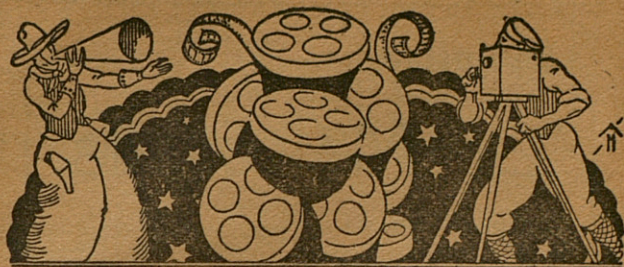
Toda la correspondencia debe dirigirse a la
Redacción de Barcelona. Calle Paris, 134

Industrial Gráfica, Reyes, 21, Madrid. Tel. 10.694.



Priscilla Deau





La Novela Cine

DIRECTOR: ANTONIO GASCÓN

Año II

Núm. 14

THE UNKNOWN SOLDIER
JULIO CESAR, S. A. 1926

PRESENTA

El Soldado Desconocido

Superproducción Pro-Dis-Co

INTERPRETADA POR

MARGARITA DE LA MOTE

○○○○○○○○

PUBLICACIONES MIREYA

Alcántara, 28.—Apartado 390.—Madrid

Lea usted

La Malcasada

publicada en los

FILMS EXTRAORDINARIOS

DE

La Novela Cine

80 páginas — 75 céntimos

LUJOSA PRESENTACION

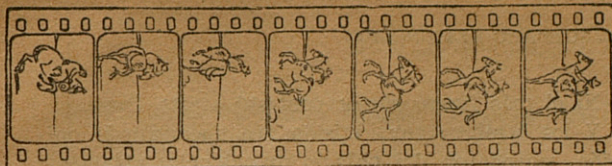
Compre usted

C A R M E N

por RAQUEL MELLER

Edicion de LA NOVELA CINE

30 céntimos



El Soldado Desconocido

I

El 6 de abril de 1917, cuando ya llevaba Europa tres años y tres meses anegada en sangre, el Gobierno de los Estados Unidos declaraba la guerra a Alemania, bajo la firma del presidente Wilson.

En la antecámara de la Presidencia se hallaban reunidos los representantes de los rotativos de más circulación de la capital en espera de oír la confirmación de los rumores que corrían por los centros informativos.

El secretario general dió la sensacional noticia, con el laconismo peculiar de aquella raza:

—Señores, el presidente acaba de firmar la declaración de guerra—dijo, dirigiéndose a los representantes de la Prensa.

Ni el más ligero rumor contestó a esta frase.

Y los hombres cuya misión era encauzar la opinión, marcharon del palacio presidencial vivamente emocionados.

Más tarde los periódicos daban la noticia, que, a pesar de ser ansiosamente esperada por todos, produjo la natural emoción.

La guerra que consumía al centro de Europa pidió, insaciable, más hombres que exterminar, y los Estados Unidos, que oyeron la voz de *auxilio* que lanzaron los países aliados, les cedieron, generosos, miles de hombres.

En la fábrica de fundición de acero que John Phillips tenía en Homwood trabajaban miles de obreros.

Poco le interesaban los asuntos patrióticos y políticos, pues todas sus actividades y energías las dedicaba al negocio.

Todas sus ansias eran para multiplicar su capital. Era serio, demasiado recto, y toda su familia la componían su hermana Clara y su hija Mary, linda joven a quien aquélla adoraba como una madre.

John, el rico fundidor, almorzaba con su corta familia, cuando un griterío que venía de la calle, acompañado de los pitidos de las sirenas de las fábricas, impulsaron a Mary a asomarse a las ventanas del comedor. Para saber con certeza la causa del alboroto salió de la habitación a interrogar a los grupos que desfilaban por la calle.

Análoga escena se repetía en el comedor modesto de Fred Williams, obrero de la fundición de John,

Almorzaba con su madre, cuando oyeron el escarceo que ocurría en la calle.

Fred se incorporó, nervioso, sospechando la causa:

—¡Madre, juraría que ya se ha declarado la guerra!

—¡Oh, ya lo decían por ahí!

—Voy a saber con certeza lo que pasa.

—Espero que no tardes, hijo mío. Tengo tanto interés como tú por saber qué es en concreto.

Fred, después de besar a su madre, salió del comedor, y dirigióse a un grupo de jóvenes que se inscribían para ingresar en filas.

Mary, la hija del dueño de la fundición, se mezclaba también entre los obreros, entusiasmada con la animación de los valerosos muchachos. Uno, después de una corta arenga, gritó:

—¡Yo me alisto para Francia! ¿Quién me acompaña?

Sugestionada Mary por esas valientes palabras, preguntó a su vez:

—¿Quién le sigue?

Fred fué presa de la alucinación general, y acercándose al que dirigía aquel pequeño movimiento, se alistó también.

El entusiasmo crecía cada vez más.

Fijóse Fred en la presencia de Mary, la hija de su patrono, a la que desde hacía tiempo admiraba en silencio, pues tenía la suficiente cordura de no exteriorizar nunca su pensamiento, dada la desigualdad de posición.

La inquieta Mary reconoció al obrero de su fábrica y le hizo acercarse.

—Señorita—manifestó el joven con trémulas palabras—, no pude resistir la tentación, y me he alistado. No sé lo que pensará su padre.

—Mi padre lo aprobará. Y por mi parte, hubiera sufrido una decepción sin no hubiese visto en usted el sentimiento patriótico.

—Gracias, señorita Mary. Sus palabras me proporcionan gran placer y me alientan.

Fuera del grupo de intrépidos muchachos se encontraba John Phillips, el propietario de la fundición, con la seriedad de costumbre, más acentuada y muy contrariada por la actitud de Mary.

Esta se le acercó y le dijo:

—Ya has visto papá..... La guerra es un hecho. Y nuestros compatriotas hacen honor a su tradicional hidalguía.

—Y tú digna de estar en casa, y no mezclarte entre esta gente levantisca. No dejes que se apodere de tí demasiado el patriotismo.

—Entonces, ¿no apruebas que Fred se halla alistado para marchar a Europa?

—Voy a serte sincero. Yo estimaba mucho como operario a Fred Williams, pero pierde mi aprecio al marcharse así y abandonando el taller.

—Padre mío, algo de más valor abandona también y estoy casi convencida de que no censurará su acción.

Así era, en efecto. La amable señora acogió la noticia con un saludo militar, y, muy valerosa, animó

a su hijo con frases patrióticas. Su instinto maternal la daba confianza de que aquel pedazo de su ser volvería al hogar.

Fred, abrazando a su madre con ardor, la dijo:

—Yo te juro que he de volver para repetir estos abrazos y estas caricias del alma. ¡Adiós, madre, hasta la vuelta!

—Aquí te esperan mis brazos.

Así fué la despedida de Fred con su madre: tierna, pero plena de patriotismo.

El simpático obrero americano fué destinado en la memorable línea de Iprés, en Bélgica.

Aun no habían entrado en fuego, y el instructor de voluntarios, un veterano sargento inglés, se dedicaba a la instrucción del grupo donde figuraba Fred.

Este, y sus compañeros de campaña, vieron pronto que era muy distinto el servicio militar en acción que el de taller.

II

El avezado sargento inglés no les dejaba vivir con lo que él llamaba entrenamiento guerrero, donde enseñaba muchas cosas que, luego en la pelea, se olvidan.

Con voz fuerte les decía: Imitadme amí, corderitos. Fuego en los ojos, rapidez en los movimientos, gesto de fiera. Esta es la cara del soldado. Fijáos bien y miradme sin pestañear...

Y ellos, con todo el entusiasmo de sus pocos años, intentaban imitarle todos los movimientos.

El bravo instructor se encará con Perkins:—¿Qué haces tú con esa cara de sacristán triste?

—Mi sargento, yo hago lo que puedo y más.

—Es poco aún. Hay que dominar la esgrima, para rajar y cortar al mismo tiempo.

—¡Cortar... qué cosas me recuerda usted, mi sargento.

—¡Vamos! ¡Adelante! ¡Hay que sacar alma y fiereza del león!

—Perdón, mi sargento, todo eso no se puede improvisar. Hasta ahora no he sido más que sastre.

Hasta el hombre pantera como todos llamaban al instructor, al oír esta salida, no tuvo más remedio que reír.

Un día ya estaba Fred tendido sobre su camastro, cuando se presentó un sargento.

—¡Arriba todos!—dijo el recién llegado—. El regimiento, para entretener a los soldados, organiza una función de «varietés».

—¿Vamos al encuentro del enemigo?—preguntaron todos.

—Nada de eso. Busco muchachos de buena figura para que hagan el papel de mujeres en la función que se está organizando.

—Fred lo hará estupendamente—gritó uno.

—Fred no está para hacer papeles de esta clase—gritó el aludido.

—Pues mira—siguió el sargento—. Vente conmigo, que vas a hacer el papel de ninfa agonizante.

Por fin llegó la noche de la función.

El encargado de anunciar los números empezó presentando una pareja de boxeadores. El numerito no fué del agrado del distinguido, porque esperaban algo de más emoción.

—Señores—dijo el anunciador volviendo a aparecer— ¡Atención! ¡Gran acontecimiento! El próximo número está a cargo de Mary Sunchina, una verdadera mujer de cabellos largos.

Un aplauso acogió el anuncio, y la artista apareció en el tablado, bailando con el gusto de una profesional.

Fred no sabía si aplaudir o no, y hasta estuvo a punto de lanzarse hacia la artista.

—Sí—decía—. ¡Es Mary! ¡Estaré yo loco?

—¡Fuera!—gritó el director empujando a Fred y haciéndole salir a escena vestido de mala manera.

Este número fué aplaudido, por lo grotesco, y aunque pedía la repetición, se negó Fred en absoluto, pretextando que estaba muy cansado.

Lo único que deseaba era verse con la bellísima artista.

También Mary había visto a Fred, y no se apartó del escenario hasta que el joven llegó hasta ella.

—¿Usted aquí, Mary? ¿Pero cómo pudo ser esto?

—Aun con la oposición de mi padre, he conseguido alistarme en la división de enfermeras para nacer

algo por los pobres voluntarios. Esta es una vida terrible, pero heroica y grandiosa.

—Qué alegría tenerla a usted por aquí.

El diálogo llevaba trazas de prolongarse, cuando aparecieron dos compañeros de Fred, que trataron de llevárselo con ellos, fracasando en su empeño.

—Déjalo—dijo un soldado al otro—. Williams está chiflado por esa enfermera bailarina.

Pero el otro estaba empeñado en quitar su chifladura amorosa a Fred, e ideó una broma para volverlo a la realidad.

Mientras, Fred decía a la enfermera, que mostró deseos de marcharse:

—Permítame que la acompañe a su alojamiento.

—Con mucho gusto—repuso Mary.

Entró Fred en el departamento que les destinaron para vestirse, compareciendo a poco con la misma indumentaria de bailarina, explicándole que sus compañeros le habían quitado el uniforme, sin duda para que no pudiera salir de allí.

Mary conjuró el conflicto prestándole su amplio chal para que Fred pudiera llegar de tal guisa a su departamento.

III

Mary había ido a Francia llevada de patrióticos anhelos de caridad hacia los soldados, y acabó por consagrarse a uno solo: Fred.

Este, sin contravenir las órdenes de sus jefes, disponía de tiempo para pasarlo junto a Mary.

Una mañana, el soldado ciñó a la linda cabecita de Mary una sencilla corona de flores, cogidas en el bosque.

—¿Esta es mi corona de reina de Francia?—inquirió la joven sonriendo.

—Sí, Majestad—repuso él muy serio.

Después, Fred, cambiando de tono y dispuesto a hacer una confesión sincera, la dijo:

—Desde niño me ha interesado usted; yo no sé si eso era amor, pero debe parecerse mucho. Mary, te amo y te he amado toda la vida—concluyó Fred.

Un apasionado beso cerró aquel idilio.

—Fred, ¿por qué nos habremos visto aquí? La guerra ha de hacer muy desgraciado nuestro amor.

—No temas, vida mía; el amor es más fuerte que todo—la alentó él.

Y al cabo de unos días, Fred, calmaba las inquietudes de su novia, diciendo:

—Voy a buscar un cura para que nos eche las bendiciones hoy mismo.

Mary se arrojó en los brazos del soldado, prestando así su conformidad.

Y en efecto, horas después, un cura bendijo la unión de los dos amantes.

—¿Sientes ahora que nos hayamos visto aquí?—preguntó Fred después de la ceremonia.

—No; yo te juro que soy la mujer más feliz del mundo. Dios nos proteja contra esta terrible guerra.

—Dedicaré mi vida entera a hacerte feliz—prometió el soldado en tono solemne.

En una tregua de las operaciones, los jóvenes pasaron breves horas felices en su alojamiento cerca del frente.

Pero he aquí que el idilio fué interrumpido con un toque de corneta, que hizo volver a Fred a la realidad cruda de la guerra, y exclamó:

—¡Llamada!

Mary, intensamente pálida, estrechó al amado contra su corazón.

La corneta volvió a sonar más cerca.

—No te alarmes. Será alguna maniobra de retaguardia—habló él para calmarla.

—¡Oh, Fred, creo que vais a entrar en acción.

El soldado se asomó a la puerta, viendo cómo corrían sus compañeros hacia el lugar en que se encontraba el Estado Mayor.

—Acaso tengamos que practicar alguna salida; pero no temas, volveré pronto—dijo Fred con naturalidad.

Entretanto, en la plazoleta del poblado, pasaban lista a los soldados.

—Pero, ¿dónde diablos pasará Fred las noches?—preguntó el soldado irlandés al de Arizona.

—No sé... Pero si faltara hoy...

—Fred no faltará a la lista—aseguró el irlandés.

El sargento continuaba pasando lista, y los amigos de Fred empezaban a inquietarse.

Y Fred aún se despedía de Mary, a la que procuraba calmar.

—Mary, no pierdas la esperanza. Tengo la seguri-

dad de que volveré sano y salvo a tus brazos, No dudes de que volveré—dijo al fin separándose de sus brazos.

—Yo te esperaré siempre, sin perder la fe en Dios ni en tí—repuso Mary,

Y cuando la voz del sargento gritó:

—¡Fred Williams!

—Fred Williams, presente—replicó el aludido, formando entre sus compañeros.

Minutos más tarde, le decían sus compañeros:

—Ahora explícanos dónde has pasado la noche, porque suponemos que no habrá sido con el Estado Mayor del general Pershing.

—Me he casado—repuso Fred sencillamente.

—Fred es un valiente. No le bastaba una guerra y se ha metido en otra—comentó uno.

Fred se contuvo para no responder violentamente a la frase irónica de su compañero.

Mary, deseosa de despedir a su esposo, salió a la calle y allí vió algo que de momento no acertó a comprender.

Dos soldados y un oficial conducían atado codo con codo al capellán que la había casado con Fred.

Intrigada, por lo anormal del caso, se acercó para averiguar lo que pasaba.

Uno de los soldados la informó:

—Señora, este pájaro no es capellán; es un desertor, que se ha fingido sacerdote, robando los ornamentos de una iglesia.

Mary estuvo a punto de desvanecerse, pero se rehizo en seguida, sobreponiéndose a la situación para sacar de ella el mejor partido posible.

Quería informar a Fred del caso, y corriendo alocada por las calles, pudo salir al encuentro de los que formaban en las primeras filas entre las que se metió.

Un sargento la apartó de la columna, agarrándola por un brazo.

—Déjenme ustedes llegar hasta mi marido; es indispensable que le vea.

Pero el sargento, sin hacerle caso, la acompañó hasta la puerta de hierro de un jardín, cerrando después de golpe para que no volviera a entorpecer la marcha.

La desventurada corrió a lo largo de la verja, viendo desfilar ante ella la columna.

Agarrada a los hierros, ávidamente seguía mirando el paso de la tropa. Al fin vio al buscado.

—¡Fred! ¡Fred!—gritó—. ¡No me dejes!

El soldado se detuvo, contempló a Mary, y fué a salirse de la fila; pero el irlandés lo contuvo.

Y mientras se alejaba, la infeliz seguía gritando:

—¡Fred! ¡Fred! ¡No me abandones!

El regimiento de Fred ocupaba un puesto avanzado, al alcance de las granadas enemigas.

Un día, el sargento le entregó una carta que él leyó con avidez. Decía:

Querido Fred: El capellán que nos casó era un im-

postor. Nuestro matrimonio es nulo. ¿Qué vamos a hacer ahora? Ven cuanto antes.

Mary.

Fred habría volado junto a Mary, ¿pero cómo? La guerra seguía su curso impertérrita, sin llevar trazas de acabarse.

Durante los terribles meses que siguieron, el regimiento de Fred fué avanzando en la oscura guerra de trincheras, sin recibir él, entretanto, una sola carta de Mary. Por fin, un día, el cartero le entregó una nueva misiva de Mary.

Rasgó el sobrescrito con nerviosidad y angustia, y leyó:

Querido Fred: No sé lo que pasa. Recibo tus cartas pero en ellas no me hablas de las mías. ¿No llegan a tu poder? ¿No sabes que nuestro matrimonio es nulo, que el capellán era un desertor, un impostor?

Fred mío, te necesito ahora más que nunca, y pido a Dios todos los días que te traiga a mi lado. Estoy en el hospital de Loure, tenemos un niño muy hermoso y estamos los dos muy bien. Quiero que conozcas a nuestro hijo, aunque después tengas que volver al frente. Contesta en seguida. Tuja,

Mary.

No había hecho más que terminar la lectura de la carta, cuando apareció un oficial por el que se enteró de que una compañía de aquel mismo regimiento había sido copada por el enemigo entre las trincheras y Loure.

El jefe de la fuerza dijo al oficial:

—Wilkins, ¿cómo voy yo a mandar la gente afuera con un tiempcito como este? Lluven obuses.

—El coronel quiere un voluntario que avance, procurando no ser visto, y marque con cohetes el sitio donde los alemanes tienen emplazada la batería—replicó el oficial.

—Esto es un suicidio para el hombre que lo intente.

—¿Dice usted, mi teniente, que hay que ir hacia Loure?—interrogó Fred—. Yo estoy dispuesto a ir.

—Tiene usted mucho empeño en acometer la empresa. ¿Es que busca la gloria?

—No es la gloria lo que deseo, es algo mucho mayor. No hay bastantes alemanes en Francia para impedirme a mí llegar a Loure.

Ante la insistencia de Fred, no hubo más remedio que dejarle partir hacia la muerte.

A aquella misma hora, el hospital de Loure era blanco de las granadas alemanas.

En una sala se encontraba Mary con su hijito en brazos. Era tal su abstracción, que un médico tuvo que advertirla:

—Tenemos orden de retroceder antes de tres horas. Usted no debió acercarse tanto en ese estado a la línea de fuego.

—Pero yo no puedo moverme de aquí. Le he escrito a mi marido que le espero en Loure, y si nos vamos no sabrá ya dónde encontrarme.

—Repito, señora, que no puede continuar aquí.

—Déjeme permanecer en el hospital; no tengo miedo.

No obstante, el médico ordenó que Mary fuera trasladada con su hijo al camión de la Cruz Roja, que ya estaba preparado para la marcha.

Los camaradas de Fred comprendieron bien pronto que éste no estaba peor que ellos, que recibían la metralla sin verla porque estaban bajo techado, pero tan expuestos como el mismo Fred.

Sin embargo, el peligro no les quitaba el buen humor.

—Parace que tiran desde más cerca... ¿Jugamos un «pocker»?—propuso el irlandés.

—¡Juguemos!—gritó otro preparando las cartas sobre una caja de municiones—. Si esos señores del piso alto siguen molestando, tendremos que avisar al portero.

Aunque la metralla arreciaba cada vez más, la partida de «pocker» continuaba sin interrupción, hasta que uno de los jugadores quedóse inmóvil, como si pensara la jugada.

—¡Eh!, muchacho, ¿te has dormido—le preguntó uno.

—¡Fogarty, Fogarty! Está herido. Esta última *marmita* le ha dado—exclamó el irlandés al ver a su compañero como desmayado.

—¡Lo han matado!—gritó otro.

—Se nos va el más bueno de todos, el amigo de todos—observó un tercero.

Y aquellos valientes, se descubrieron ante el cuerpo inánime del que fué su camarada leal.

IV

Fred seguía avanzando ante la lluvia de plomo. Jadeante y maltrecho, pudo dar alcance a los restos de

una compañía desmantelada y sin provisiones, que aún resistía el fuego enemigo sin retirarse.

—¿Dónde está el capitán?—preguntó Fred.

No tardó en presentarse éste, que informado de la hazaña de Fred, le dijo:

—Te felicito, muchacho. Se han dado muchas cruces por menos de lo que tú has hecho esta noche.

—Mi capitán, ¿está muy lejos Loure?—preguntó Fred sin hacer caso de las palabras de su jefe.

—Unos cinco kilómetros; pero no se puede llegar hasta allí.

—Yo tengo orden de llegar a Loure, y llegaré.

—Lo dudo, muchacho, pero ahí tú—repuso el capitán, encogiéndose de hombros.

Fred salió de la cenagosa trinchera, orientándose del sitio en que estaba emplazada la batería alemana.

Fué acercándose cuanto pudo, logrando disparar los cohetes a la distancia de unos veinte metros de los cañones.

Los alemanes se dieron cuenta de la señal; pero cuando salieron de la trinchera algunos soldados, ya estaba lejos el valiente Fred.

Sin embargo, no se pudo librar de la nutrida descarga de fusilería que hicieron contra él.

Ya apenas si podía tenerse en pie, cuando logró ganar un estrecho camino en el que se detuvo a liarse con un pañuelo la herida que le abriera una bala en la mano.

A poco, vió venir en aquella dirección un camión de la Cruz Roja, dentro del cual iba Mary con su hijo en brazos.

Fred, cuando ya el coche se encontraba cerca, gritó:

—¡Mary, Mary!

El chófer, compadecido del desastroso estado en que se hallaba el soldado, detuvo el camión.

—¿Pero qué haces ahí, muchacho? Te falta mucho para llegar a Loure. Sube y te llevaré a retaguardia.

—No puede ser. Yo debo llegar a Loure—replicó Fred ignorando que en el vehículo fuera Mary con su hijo.

Y se alejó del sitio en que estaba su felicidad.

Pasó tiempo. Vino la paz ansiada por el mundo entero y llegó el día en que Norte América recibió triunfalmente a los héroes que volvían de la guerra. Pero en el seco corazón del opulento fundidor John Phillips no resonaban los ecos de la victoria.

De ahí lo difícil que resultaba abordarle para tratar del único asunto que preocupaba a la santa mujer que había cuidado a Mary con el mismo amor que lo pudiera haber hecho una madre. No obstante, ella lo abordó:

—Pronto tendremos nueva carta de Mary.

—¡Basta! No me hables de ella.

—¡Es tu hija, John!

—Considera que fué a Francia por amor al prójimo, por prestar auxilio a los bravos muchachos que regaban con su sangre los campos de batalla.

—Sí, y para casarse sin mi consentimiento con un miserable obrero de mis talleres.

La discusión no llevaba trazas de terminar, cuando se presentó un criado con una carta.

—¡De Mary!—gritó la hermana del fundidor al ver la letra del sobre.

Querido papá: No tengo a nadie a quien volver los ojos en estos terribles días, y mi hijo y yo nos encomendamos a ti. Pronto llegaremos a tu lado. No he podido hallar el más pequeño rastro de Fred. Sólo se sabe que salió una noche en busca mía y no ha vuelto más; pero tengo fe en que lo volveremos a ver.

Tu infortunada hija.

Mary.

—Ya ves como yo tenía razón. Mary no hizo caso de mis reflexiones y nos ha traído la vergüenza y el deshonor a la familia—protestó John.

—Ella es buena, John. Su única culpa ha sido buscarse ella misma la desgracia uniéndose a un hombre en días de desolación y de muerte.

A todo esto, la situación era cada vez más adversa a Mary.

Sus tentativas no daban resultado alguno para averiguar lo que había sido de Fred; y lo mismo que a Mary le ocurría a la pobre madre del soldado. Esta recibió un telegrama, concebido en estos términos:

Señora Marta Williams

Homewood, Virginia:

Siento participar a usted que su hijo, el soldado Fred Williams, del 300 de Infantería, ha sido dado de baja como desaparecido en acción. Si algo se

llega a saber de él, se lo participaremos a usted en seguida.

L. Colbg, ayudante general.

V

Y llegó el día en que Mary se presentó en el hogar paterno con el fruto de sus desgraciados amores.

—¿Mary, cómo te has atrevido a traer ese niño a casa?—inquirió severamente el fundidor.

—Es mi hijo—alegó Mary por toda respuesta.

—Bien. Tú puedes vivir aquí con nosotros, pero ese niño no legitimado por el matrimonio no puede estar en esta casa.

—¿Y yo no he de ver nunca a mi hijo?

—Esta es la única condición que te impongo.

—El niño es mío; es de Fred y mío. Yo soy feliz teniéndole y no lo abandonaré nunca.

—Pues así tiene que ser.

—Padre, tú no puedes hacer eso conmigo; si tú no quieres a mi hijo en casa, tampoco me tendrás a mí.

John no cedió y Mary salió de la casa de su padre para ir a buscar amparo en la madre de Fred.

Ya nadie dudaba de la muerte de Williams, después de haber pasado tres años sin tener noticias suyas.

Así las cosas y teniendo que ausentarse el fundidor para pasar una larga temporada en Washington, la tía de Mary le dijo:

—¿No crees, hermano mío, que ya es hora de olvidar el pasado y traer a Mary con su hijo a casa?

—Pues bien; voy a dedicar a Mary el poco tiempo que me queda—prometió el fundidor.

Aquel día se celebraba un imponente espectáculo: el entierro del soldado desconocido. La señora Marta había dejado sola a Mary para presenciar la solemne ceremonia.

Así es que padre e hija se encontraron frente a frente sin más testigos que el pequeño Gustavo.

—Vengo a despedirme de ti, Mary—dijo el fundidor—. Supongo que no querrás darme el disgusto de dejarte aquí durante mi ausencia.

—Tú me arrojaste de tu casa al no querer en ella a mi hijo.

—Y hoy vuelvo decidido a hacerte entrar en razón.

—No insistas, papá; yo no me separaré nunca de mi hijo. El y yo esperamos confiadamente a Fred, mientras no haya pruebas de su muerte.

En este momento llamaron a la puerta y un ordenanza se presentó entregando un pliego cerrado.

—Un pliego del Ministerio de la Guerra. Fred debe venir.

Y rompiendo el sobre leyó:

Señora Marta, viuda de Williams.

Homewood, Virginia,

Por encargo del secretario de Guerra, tengo el sentimiento de enviarle la chapa de identificación de su hijo hallada cerca de Loure, por la cual ya no queda duda de que debió ser uno de los héroes que dieron su vida por la patria.

H. B. Bosí, ayudante.

—Esto quiere decir, Mary, que el soldado ya no volverá nunca a enmendar la falta que cometió contigo—observó John—. Ahora insisto en que debes obedecer mis órdenes. Marcho a Washington y a mi vuelta vendré a buscarte y dispondremos la entrada del niño en un colegio.

VI

El cortejo del *Soldado desconocido* llenaba la ancha avenida que conducía a la última mansión; por aquella vía tenía que cruzar el *auto* que conducía al padre de Mary.

El chófer detuvo el coche.

—¿Qué pasa?—preguntó el millonario.

—Señor—respondió el chófer—. Es el cortejo del *Soldado desconocido*. No se puede pasar hasta que termine el desfile.

La madre de Fred, que no había querido perder aquel acontecimiento, presenciaba el desfile.

Quizá el *Soldado desconocido* que enterraban fuera su hijo.

Unos obreros que presenciaban el desfile, al ver al fundidor comentaron:

—Oye, ¿no es ese Phillips, el hombre de acero?

—Sí, él es

—De eso dicen que tiene el alma: más dura que el acero de sus fábricas.

—Veremos si se le ablanda con este espectáculo.

El fundidor observaba la marcha de las tropas con atención.

La carroza se iba acercando mientras la imaginación del industrial se alejaba hasta encontrarse en los campos de batalla.

Y creyó ver que las granadas estallaban dentro de las trincheras sembrando la muerte y la desolación entre los soldados. De pronto, uno de ellos soltó el arma y cayó al suelo herido de muerte. John reconoció en él a Fred, el hombre a quien su hija adoraba. La caballería pasó sobre el cuerpo del caído, como un vendaval.

La visión trágica había desaparecido de su mente, pero el alma, que sólo se conmovía por el negocio, se había transformado en un instante.

Mary, después de la entrevista que tuvo con su padre, salió de su casa dirigiéndose a una iglesia cercana y llevando a su hijo de la mano. Rezó fervorosamente, y luego, dirigiéndose al sacerdote, le dijo sollozando:

—Padre. Deseo que me case usted con el padre de mi hijo, que está ausente. El niño lo representará.

—¡Es imposible, hija mía! No está en mi ministerio.

La pobre madre sacó del pecho una carta, que entregó al sacerdote para que la leyera:

Decía así la carta:

Mary, esposa mía: A seis horas de Loure te escribo sin saber nada de ti. Hoy hace ocho meses justos que nos separamos; pero pronto nos relevarán y podré volver contigo. Tuyo,

Fred.

—¿Y ha cumplido su promesa?

—No ha podido cumplirla.

—Imposible hacer lo que usted pide entonces.

—Padre, necesito casarme con él aunque haya muerto. Quieren separarme de mi hijo por no estar legitimado en matrimonio; y esto no es culpa nuestra...

—Pero hija mía, eso no es posible. Está por encima de mi ministerio.

—¡Padre, hágalo por caridad! El está aquí en espíritu cumpliendo su promesa.

El buen sacerdote levantó los ojos al cielo y murmuró:

—Dios lo ha querido. Sea.

Y se dispuso a preparar la ceremonia.

VII

La madre de Fred, cuando se disponía a regresar a su hogar, dirigió su vista hacia un camión en el que los mutilados de la guerra volvían a sus casas.

La anciana obligó al que lo conducía a detener el vehículo.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!—gritaba—. Ese es mi Fred.

—¡Fred, hijo mío! ¿No te acuerdas de tu madre?

—Sí—respondió Fred impasible.

—Haz un esfuerzo y recuerda que te espera tu adorada esposa... ¿Recuerdas a tu Mary? Ella te espera con tu hijo.

—¡Mi hijo! ¡Loure! ¡Mary!... ¡Madre, madre!

La intensa emoción que le produjeron aquellos

nombre tan hábilmente recordados, obró el milagro de devolverle la memoria.

John, el fundidor, después del desfile se dirigió a la iglesia que más próxima estaba a su casa, dejándose caer en uno de los bancos desde donde advirtió en el altar la presencia de una mujer y un niño junto al sacerdote.

—¡Es Mary, mi hija!—dijo al reconocerla.

—Gustavo Williams—decía el sacerdote en aquel instante—. ¿Quiere por esposa a Mary Phillips?

El niño no sabía qué contestar.

El sacerdote habló de nuevo dirigiéndose a los fieles:

—¿Quién de ustedes se presta a casarse con esta mujer en representación del ausente?

—Yo, que soy el padre de esta infortunada mujer—respondió John yendo hacia el altar.

La emoción de Mary no acabó al presenciar el rasgo de su padre, pues apenas pronunció aquellas palabras su padre vio cómo su querido Fred se adelantaba hacia ella con los brazos abiertos diciendo:

—¡Alto, no hace falta suplente alguno!

—¡Fred!—gritó Mary cayendo en los brazos del soldado.

Fred tomó a su hijo entre sus brazos y un momento más tarde salían del templo, después de haberse verificado el casamiento de Fred con la angelical Mary.

FIN

¿Quiere usted leer y coleccionar
LA NOVELA CINE
gratis?

Remita el cupón adjunto que le servirá de abono para completar el pago de los lotes que publicamos a continuación. El cupón no vale más que para un lote. El resto del importe habrá de remitirse en sellos de correos de cinco o diez céntimos.

LISTA DE LOTES

LA MALCASADA.....	0,75
LA CHICA DEL GATO Y LOS VENCEDORES DE LA MUERTE.....	0,80
(Los dos últimos éxitos de Calvahe)	
FAUSTO, VARIETÉ y EL SUE- ÑO DE UN VALS.....	0,90
(Los tres éxitos de la U. F. A.)	
LUIS CANDELAS, PILAR GUE- RRA, LA SOBRINA DEL CURA, EL PILLUELO DE MADRID Y EL POLLO PERA.....	1,50
NARRACIONES AMOROSAS	1,00

CUPON MIREYA

para descontar

30 CTS.

de los pedidos a
que se acompañe

LA NOVELA CINE

Pesetas

Suscripción para provincias, Marruecos y América, con derecho a los números extraordinarios.....	Semestre (26 números)..	8,00
	Año (52 ídem).....	15,50

NUMEROS PUBLICADOS

- 1.—«Luis Candelas», por Manolo San Germán: Postal del mismo.
2. «Pilar Guerra», por Juan de Orduña: Postal de Jacqueline Logan.
3. «La Sobrina del Cura», por Carmen Rico: Postal de Antonio Moreno.
4. «El Pilluelo de Madrid», por *Pitasta*: Postal de Carmen Rico.
5. «El Pollo Pera», por *El Bisco Español*: Postal del mismo.
- 6.—«La Chica del Gato», por Josefina Ochoa: Postal de la misma (Número extraordinario).
7. «Varieté», por Lia de Putti: Postal de Emil Jannings.
8. «El séptimo chico», por Mary Menty: Postal de Marina Torres.
9. «Fausto», por Emil Jannings: Postal de Rex Ingram.
10. «Sin familia», por Leslie Shaw: Postal de Lia de Putti.
11. «La princesita Tru-la-lá», por Lillian Harvey y Dina Gralla: Postal de
12. «El Fantasma del Bosque», por el perro *Alerta*.
13. Número monstruo dedicado a «La Semana Metro Golwin». —«La Viuda Alegre». «La novia fingida». «El mundo perdido» y «El gran desfile»: Postal de Víctor Varconi.

30 céntimos los números ordinarios y 50 los extraordinarios

Dirijase el importe de las suscripciones o de los números atrasados que deseen, por cheque, giro postal o sellos de correos de 5 y 10 céntimos a

MIREYA, Alcántara, 28. Apartado 390.

M A D R I D

Lea Vd. los próximos números de

La Novela Cine

en los que aparecerán películas tan interesantes como

Metrópolis.

En la habitación de Mabel.

El sueño de un vals.

El hijo de Omar.

El coche número 13.

Un viaje a la ventura.

El cazador furtivo.

La sirena del Líbano.

30 cts. ejemplar

Las grandes figuras de la pantalla

Tomitos a 30 y 40 céntimos, con la biografía de los artistas de cine más populares.

Publicado:

Rodolfo Valentino

En prensa:

Douglas Fairbanks

En preparación:

Mary Pickford, Charlot, Francesca Bertini, Harold, Mae Murray, Manolo San Germán y otros.

PEDIDOS A

MIREYA

Apartado 390

MADRID



El imponente espectáculo del entierro del soldado desconocido



Fred tomó a su hijo en brazos



—¡Fred, hijo mío!